

De la normalidad que nos está matando

GUSTAVO DESSAL

He comentado en varias ocasiones la NN (“Nueva normalidad”) con la que el gobierno de España ha denominado la realidad a la que los ciudadanos nos hemos incorporado tras estos meses tan críticos. Sorprende que un Ejecutivo supuestamente de izquierda e integrado por personas de cierto nivel intelectual, desconozcan que esa expresión es una de las favoritas entre las que fueron acuñadas por el pensamiento neoliberal. Reducida a sus siglas, la NN es una Nefasta Nominación que nos recuerda a otras siglas, el NN de las tumbas de los desconocidos (“Nomen nescio”, “no conozco su nombre”), el NN del Neo Nazismo, y otros juegos que podrían hacerse. Como me ocupo de las palabras y de su poder demiúrgico, me resulta difícil comprender la total falta de perspectiva y de cuidado en la elección de los significantes de la que hacen gala, una vez más, los partidos neoliberales camuflados de socialdemocracia. Las palabras fabrican mundos, no es preciso el psicoanálisis para saberlo, y por lo tanto preparan el escenario donde los sujetos actúan. La pandemia ha acelerado un proceso histórico que se inicia a partir del momento en que las fuerzas que gobiernan la deriva actual del capitalismo sellan una

alianza decisiva con las grandes corporaciones tecnológicas, en especial las que dominan la telecomunicación. Es lo que conocemos como el capitalismo de vigilancia, según la lograda expresión dada a conocer hace pocos años por la psicóloga social Shoshana Zuboff.

Señalemos que la irrupción del acontecimiento vírico (no diré “imprevisto”, porque ahora sabemos que fue sistemáticamente negado por las autoridades de todos los países del planeta) ha funcionado como esos procesos de revelado de fotografías en cuarto oscuro. Vemos surgir a la luz lo que permanecía invisible, o al menos no tan visible: el encaminamiento hacia un modo de gestión política, social y económica de corte totalitario, un totalitarismo de baja intensidad (el menos si lo comparamos con los estándares de los países asiáticos) que va a ejercerse mediante la progresiva canalización de la totalidad de la vida en el marco de las tecnologías de red. Según las palabras de Eric Schmidt, ex CEO de Google y uno de sus principales accionistas, el proyecto consiste en el “tele-todo” (“tele-everything”), lo cual sin disimulo alguno muestra la lógica en la que se inscribe el avance de la ideología neoliberal reforzada por los instrumentos tecnológicos más avanzados. O dicho al revés, vemos con una claridad cada vez mayor hasta qué punto las tecnologías se inclinan hacia el diseño de una sociedad caracterizada por la mercantilización total de la vida humana. Se entiende que todo lo que está sucediendo sea caldo de cultivo para la proliferación de teorías delirantes. La clínica del delirio contemporáneo se enriquece cada vez más gracias a la acción de estas modernas “máquinas de influencia” descritas por Victor Tausk, y de las que tenemos un magnífico ejemplo en la certeza de grupos que aseguran que el COVID-19 es dispersado por las torres de 5G. Como en ningún delirio falta el correspondiente núcleo de verdad, la idea de que el sistema “nos está haciendo algo muy malo” posee la característica lucidez paranoica.

¿Seremos devorados por este panorama? Lacan pensaba que sí, que seríamos sofocados por un discurso que expande lo real hasta los límites

de lo imposible de soportar, aunque confiaba en que el psicoanálisis nos permitiría sobrevivir a eso. Siento no poder compartir esa confianza. Es realmente apasionante cómo se desenvuelve la lógica de la historia. En el medio de toda esta catástrofe, irrumpe una contingencia: un policía estrangula a George Floyd, un hombre negro de Minneapolis. Eso dispara una revuelta en USA sin precedentes desde la guerra de Vietnam. “No puedo respirar” se convierte en una consigna que se extiende por el mundo entero. ¿Por qué algo así ha llegado a sintonizar con cientos de millones de personas? Creo que la frase “No puedo respirar” es extraordinariamente lograda, un grito de agonía que condensa todo un entramado de acontecimientos sociales y políticos: el síndrome de insuficiencia respiratoria producido por el coronavirus; la asfixia del planeta; el ahorcamiento que un sistema inhumano ejerce sobre el sujeto. Todo eso confluye en el “No puedo respirar”. Nos ahogamos. Nos ahogamos en este mar de basura industrial, en este mar de políticos basura, de contratos basura, de objetos basura, de noticias basura, de entretenimiento basura. La vida se está volviendo irrespirable a medida que la basura se nos acumula y nos transformamos en ella. Los locos, como siempre, son los primeros en advertirlo.